

bien, «el hombre, a diferencia del animal, es un ser técnico: inventa la técnica, o por lo menos, se sirve de ella»; en este sentido amplio «la técnica es una esencia de lo humano». El problema actual consiste mucho menos en «la tecnificación creciente de la sociedad», «el único camino de la civilización contemporánea», que en «la *acomodación del hombre al nuevo ambiente natural y humano producido por la técnica*». En lugar de una renuncia imposible, hay que corregir y controlar los excesos y los abusos de la técnica no o mal asimilada (la tecnocracia), y con la ayuda de ésta, «promover la creación y el desarrollo de nuevas técnicas de comportamiento interhumano».¹⁴

Lo que naturalmente ni de lejos significa que, en la educación y tampoco en otras áreas de nuestra vida, la técnica pueda elevarse hasta el nivel de una finalidad; puesto que pertenece, hay que repetirlo, únicamente a la persona humana, a un ser dotado de una capacidad creadora.¹⁵

Jorge Millas (1917-1982)

La personalidad filosófica más destacada del Chile contemporáneo, Jorge Millas, es frecuentemente designada como «filósofo letrado» o «poeta, además de filósofo»¹⁶; sus primeras publicaciones son efectivamente las de la poesía (*Homenaje poético al pueblo español*, 1936; *Los trabajos y los días*, 1939). Tras cursar estudios de filosofía y derecho alcanzó el grado de Master of Arts en psicología en la Universidad de Iowa (1945) y llegó a ocupar las cátedras de teoría del conocimiento y de filosofía contemporánea en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, de cuyo Departamento Central de Filosofía y Letras fue nombrado Director (bajo la presión de la dictadura militar, en los últimos años, quedó relegado a un puesto en la Universidad Oriental de Chile); también ha sido pro-

¹⁴ Sistema de la filosofía de la educación, pp. 241, 326-327. Cfr. también Filosofía de las matemáticas, pp. 286-287.

¹⁵ «Lo pertinente y decisivo es encontrar un sentido creador en este mundo prefabricado en que vivimos, lo que puede lograrse, a pesar de que éste trae consigo una civilización dirigida y planificada» (Francisco Larroyo, «Problema y problemas de la crítica de la época», in *Crisis*, Madrid, 1964, núm. 42, p. 132).

¹⁶ Cfr. Sergio Sarti, Panorama della filosofia ispanoamericana contemporanea, Milano, Cisalpino-Goliardica, 1976, p. 595; Roberto Escobar, La filosofía en Chile, Santiago, Universidad Técnica del Estado, 1976, p. 113. «En el espíritu de Millas, como en todo auténtico filósofo y en todo auténtico poeta, la filosofía y la poesía andan hermanadas y abrazándose; encienden armónicamente una sola llama que se manifiesta en el bello estilo del escritor», nota Enrique Molina (La filosofía en Chile en la primera mitad del siglo XX, Santiago, Nascimento, 1953, pp. 71-72).

fesor en la Universidad de Puerto Rico y profesor visitante en Teacher's College de Columbia University. Durante varios años presidió la Sociedad Chilena de Filosofía y en 1962 fue elegido miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua. Sus principales trabajos son los siguientes: *Idea de la individualidad* (1943), *Goethe y el espíritu del Fausto* (1948), *Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente* (1960), *El desafío espiritual de la sociedad de masas* (1962), *Idea de la filosofía* (2 volúmenes., 1969), *De la tarea intelectual* (1974), *Las máscaras filosóficas de la violencia* (edición conjunta con Edison Otero, 1978), *Idea y defensa de la Universidad* (1981).

El inventario sin más de esos títulos ya facilita una primera indicación sobre la orientación filosófica de su autor para quien «la suprema tarea de nuestro tiempo» es «la redención del individuo humano»¹⁷, redención que no quiere decir otra cosa sino que hay que devolver (enseñar) al hombre la posesión (puesta en obra) consciente, eficaz y responsable de su propia humanidad.

En el pensamiento de Jorge Millas destaca particularmente la influencia de José Ortega y Gasset, asumida, sin embargo, como un modelo metodológico y proyecto de una tarea por cumplir –con todas las correcciones necesarias que imponga la práctica– y no como un intocable patrimonio de herencia por hacer fructificar¹⁸; influencia que se manifiesta ante todo en el

¹⁷ El desafío espiritual de la sociedad de masas, *Santiago, Universidad de Chile, 1962, p. 81. Ya en su primer trabajo filosófico (influido por el existencialismo), Millas apuntaba al mismo objetivo: «Propongo, ..., una concepción del ser individual, una teoría de la individualidad, nada nueva tal vez, pero susceptible de engendrar una fuerza espiritual que salve nuestras vidas naufragas. ... Aspiro a conducir al lector a una intimidad profunda, donde su ser pueda contraerse puro, simple, esencial, en el seno de la propia conciencia, como el tímido caracol en la hermética soledad de su refugio». Hay que hallar una salida del «drama» de la individualidad en busca continua de un estatuto, de una estabilidad personal, es decir, llegar a armonizar los tres componentes esenciales de ésta: «temporalidad, libertad y racionalidad». Querer solucionar este problema a través de lo social resulta ilusorio, dado que «la sociedad –hecho de donde aquella individualidad proviene, y no término hacia donde vaya, según habitualmente se cree– es sólo una circunstancia o condición de ella» (Idea de la individualidad, cit. apud. Enrique Molina, op. cit., pp. 77-78, 95).*

¹⁸ Si, para Millas, «Ortega es, por sobre todo, el analista implacable del espíritu de nuestro tiempo», quien con mucha lucidez ha tratado de establecer el diagnóstico de la sociedad contemporánea, el filósofo chileno critica con bastante severidad uno de los conceptos fundamentales de esa empresa. Para responder a «la rigurosa descripción de las cosas» y no quedarse solamente en «un esquema valorativo», hay que cambiar la connotación orteguiana de la «masa», tomando a ésta en su aspecto concreto de conjunto de los individuos humanos. La rebelión de las masas, expresión de un deseo para alcanzar un nivel social y cultural más elevado, tiene que ser considerada así como «un hecho positivo: la demanda de una realización más plena de la condición humana en el mayor número posible de individuos» (El desafío espiritual de la sociedad de masas, pp. 62, 77, 82). Hecho positivo aunque portador de unos gérmenes autodestructores: «La masificación de la sociedad ha implicado por la primera vez en la historia la posibilidad de que lo que siempre los filósofos consideraron como la dignidad y la

rechazo de las ideologías, en la actitud crítica y lúcida en cuanto a la fuente teórica de éstas –de las filosofías que se (auto)proclaman las generales de la realidad– y en el hecho que el filósofo chileno busca una nueva –no reductora– comprensión activa de la problemática humana de la contemporaneidad a menudo conflictual.

Su meditación toma por centro la categoría de la «experiencia humana», punto cardinal al mismo tiempo que criterio mayor de toda existencia que aspira a ser esencialmente. De tal modo, Millas ni adopta la solución propuesta por el existencialismo, ni la que atribuye al «vitalismo orteguiano»¹⁹; nuestra experiencia –«coexistencia interhumana y uso del mundo»– se revela dialéctica dado su estado ontológico y la finalidad que le es inherente, actuando en telos poderoso»²⁰. El conocimiento del hombre, considerado de esta manera, se revela ser lo contrario de un acto académico, no comprometido; constituye una intervención, una experiencia crucial de la vida, experiencia que permite al saber disfrutar de una fuerza directamente transformadora: «Pensar al hombre en su esencia es ya proponerle un modo de existencia»²¹.

Esa tesis que se aproxima más a una actitud vital que a un grado lógico de investigación objetiva (no obstante implicándola), plantea dos problemas inevitables: el de la responsabilidad –sobre todo la de los intelectuales– y el de la educación, ligados ambos por un denominador común de una ética cuyo proyecto está elaborándose.

Para Millas, una verdadera intersubjetividad no se da sin una conducta responsable, regla de vigencia absoluta en todos los estratos de la vida

esencia, la excelencia del hombre, pueda convertirse en la realidad. ... el propio fenómeno tiende a malograr su propia posibilidad» (Idea y defensa de la Universidad, Santiago, Editorial del Pacífico, 1981, p. 32; cfr. también p. 72). Otro punto de discrepancia manifiesta con la doctrina orteguiana toca por ejemplo la teoría de la verdad (véase Idea de la filosofía, Santiago, Universitaria, 1970, particularmente pp. 384-394).

¹⁹ El desafío espiritual de la sociedad de masas, p. 181.

²⁰ Cfr. Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente, Santiago, Universitaria, 1960, p. 132. «... idealidad y realidad, por una parte, espiritualidad y materialidad, por la otra, son sólo perspectivas frente a una situación única, la de la experiencia humana, que no es ni espíritu descarnado ni hecho material bruto.

Todo acto espiritual pertenece, como sentido y dirección, a una situación material de experiencia; toda situación material de experiencia es, por su parte, situación con sentido y dirección espiritual, en cuanto implica propósito, valoración, expectativa, en buenas cuentas, situación de una conciencia humana. Materialidad y espiritualidad son dos dimensiones ontológicas de la entidad única de la existencia humana». «[...] esta misma razón que, por cuestionar, afirma lo Absoluto, lo rechaza y anula también, por su modo de indagación. La inteligencia, en efecto, con sólo preguntar, relativiza su objeto, lo coloca en perspectiva, limitándolo, ya que el sentido mismo de la pregunta lo pone la inteligencia desde ella y para ella misma. ... la experiencia integral o lo Absoluto es una idea límite que el pensamiento necesariamente implica y que, no obstante, al alcanzar, destruye» (ibid., pp. 22-23, 261-262).

²¹ *Ibidem.*

social. Encargarse conscientemente del otro, en tanto que sujeto libre, significa crear un nexo con él, medio único para traspasar la conducta «intra-sistemática y autárquica» en la cual domina la preocupación de máximo cumplimiento o/y de perfección, e integrar la acción determinada «al orden de convivencia de los hombres». «Ser responsable» es entonces, «estar mancomunado», lo que añade una relación suplementaria y fundamental a la que ya nos une con el mundo, otorgándose a ésta una finalidad cuyo valor no puede ser sino moral. Con la responsabilidad asumida el hombre pasa a una «supravinculación» que incluye la libertad vivida, libertad que «es un valor de relación, vinculante de los valores»²².

La educación, definida por Millas como «el proceso autorregenerativo de la sociedad, a través de la formación espiritual del individuo», representa no solamente una prueba práctica de tal afirmación, sino más, un campo de experiencia específica en el cual, justamente, la manera de gozar la libertad está incesantemente confrontada con la del uso del poder. La primera y decisiva tarea educativa consiste así en la voluntad de reformar el modo de pensar ya al nivel de ideación del mundo para poder cambiar «las creencias básicas» que caracterizan la sociedad actual.

Pero alcanzar y promover tal *humanismo concreto* no es posible, según Millas, sin reducir de antemano al mínimo la distancia que separa el objeto del pensamiento, el pensamiento conceptualizado y el sujeto que lo/la piensa, sin recurrir a una síntesis poético-ontológica; en lugar de seguir elaborando unas ideas «sobre» las cosas, «pensarlas en acto de vivir plenamente la vida como vida conocedora y creadora de mundo». El saber pensar proyectivo, (concebido como) perteneciente a la esfera antropológica, muestra aquí, en el plano general del ser, su otra cara, la del pensamiento participativo y hasta de un agente transformador, hecho que Millas describe en lenguaje filosófico-poético de la manera siguiente: «Cumple al pensamiento, en verdad, revelar lo real como franquía, el ser como camino o configuración de caminos posibles para los proyectos de existencia humana. El ser, apenas atisbado, plenamente oculto aún en la experiencia del instante, se abre, gracias al pensamiento, en una altitud infinitamente mayor de exposición, creando con ello la condición misma de la libertad, que es la franquía pragmática de lo posible»²³.

El medio más apropiado de educación para alcanzar este espacio de libertad y para ampliarlo, Millas lo ve en una nueva orientación, en la moralización del discurso racional; orientación que tiene, ante todo, que dar cuen-

²² Ibid., pp. 170, 163, 165.

²³ Ibid., pp. 181, 189, 193, 194-195.